

sucristo las unió; creed que este es el Cuerpo y la Sangre, el Cuerpo dado en la cruz como tambien en la Eucaristía, y lo mismo de su Sangre preciosa; y creyéndolo así, acordaos de Jesucristo, quien entregó su cuerpo y derramó su sangre para vos; es decir, quien murió para vos, y celebrad el misterio de su muerte: celebradlo ofreciéndolo, y celebradlo recibéndolo; pues debéis seguir en todo su intencion, y hacer por consiguiente en memoria de su muerte la consagracion como tambien la recepcion; pues que la Eucaristía, desde el momento de la consagracion, lleva en sí misma una imágen y un sello de esta muerte.

Aquí teneis la carne de una víctima que se ha puesto sobre del altar. Ó judíos, acordaos que ha sido inmolada para vosotros, comedla como á tal y como enteramente vuestra... esto es, y mucho mas, lo que podia decirse al antiguo pueblo; y esto mismo es en términos formales lo que Jesucristo ha dicho y dice aun todos los dias á su nuevo pueblo. Pero dirá acaso alguno que no la ve como en otro tiempo se veia esta carne puesta sobre del altar. Jesucristo dice que es él mismo: ¿y no es esto lo suficiente para un cristiano? Si se viera no tendria necesidad de deciros que es él; pero porque no le ven, él mismo nos lo asegura, debemos creer á su palabra.

— Quanto se os dice para creer se os dice todo lo contrario para ver: así pues creer presente el cuerpo del Salvador mientras que no se ve es esto acordarse que él está allí. Acordémonos, pues, de Jesucristo, creémosle presente desde que él habló, aunque no lo veamos, ofreciéndole á Dios en la Eucaristía, como él mismo en ella se ofrece, ya que él mismo ha dicho y nos ha encargado: *Haced esto en memoria mia.*

CAPÍTULO XVIII.

DE LA ADORACION DE LA EUCARISTÍA Y SU ANTIGUEDAD.

Mala fe de los Protestantes.

Dicen nuestros reformadores que antiguamente no se adoraba á Jesucristo en la Eucaristía; luego puede sospecharse, añaden, que no está en ella. Antes de responder en las formas examinemos la mala fe de tales ministros. Cuando se trata de los luteranos que creen á Jesucristo presente sin adorarle, se excusan respondiendo que la adoracion de Jesucristo no sigue siempre á su presencia. Luego, pues, es acompañada la adoracion algunas veces. Luego es evidente su contradiccion cuando tan pronto dicen que en su presencia Jesucristo es adorado como que no lo es.

Mas dejémoslos á un lado por ahora, produciendo hechos claros de la liturgia griega para manifestar la antigüedad de la adoracion eucarística. Una de las exclamaciones que hace el diácono despues de la Consagracion es la siguiente: «Para los dones «ofrecidos, santificados, preciosos, sobre-«celestiales, inefables, immaculados, glorio-«sos, tremendos, que inspiran pavor, divi-«nos.» (Liturg. Jac. pag. 17). Al nombrar, pues, el diácono todos estos atributos de dones consagrados en el acto que dice: que son *tremendos*, y que llenan el espíritu de *pavor*, expresa el mas alto grado de adoracion, que es la que se da al mismo Dios: motivo por que otros los llaman mas simplemente adorables; pero en esto dicen menos, en cuanto á la expresion, que lo que dice la liturgia.

No obstante, para decidir en pocas palabras toda dificultad sobre la adoracion, no tenemos mas que acudir al sacrificio de los presantificados, llamado así, porque en los dias que la tradicion de la Iglesia griega no permitia que se hiciese la consagracion, es decir, durante todos los dias de ayuno en Cuaresma se celebraba este sacrificio con oblaciones ya consagradas en el domingo precedente. Mientras, pues, se transportaba al altar el sagrado Cuerpo del lugar donde le habian reservado, se oraba

en la forma siguiente: «Os suplicamos, ó «Señor, que sois rico en misericordia, nos «hagais dignos para recibir á vuestro Hijo «único, el Rey de la gloria; pues mirad «que su Cuerpo sin mancha y su Sangre «vivificante entran ahora mismo para ser «puestos sobre esta tabla mística, rodeados «invisiblemente de la multitud del ejército «celestial... Luego al momento que adelan-«ta, las Virtudes de los cielos le adoran in-«visiblemente con nosotros; pues mirad al «Rey de la gloria que entra.» (Liturg. Præsanct.). Esto último se repetia por tres veces. Pregunto: ¿cómo puede hacerse para mejor marcar la adoracion?

No hay necesidad de probar por los mas antiguos monumentos de la Iglesia griega el sacrificio de los presantificados; basta actualmente la descripcion que se encuentra en la Crónica de Alejandria, bajo Sergio, patriarca de Constantinopla, siendo emperador Heraclio en el año 615 de la era cristiana, añadiendo en seguida esta reflexion que es á propósito para trasladarla por entero. «Débese aquí observar un pasaje muy considerable del sacrificio de los «presantificados en la Iglesia griega, que «es una oracion compuesta por el patriar-«ca Sergio, donde la adoracion del cuerpo «de Jesucristo está bien manifiesta. Pues «dice así: Su Cuerpo sin mancha y su San-

«gre vivificante entran en este momento «para ser puestos sobre esta tabla mística, «rodeados invisiblemente de la multitud «del ejército celeste.» Este Patriarca añade: «Entre tanto las Virtudes de los cielos «adoran invisiblemente con nosotros, pues «mirad al Rey de la gloria que entra.» No puede manifestarse mas claramente ni la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, ni la adoracion que juntos le dan los Ángeles y los hombres.

Á pesar de todo, uno de los escritores protestantes cree bien discurrir, diciendo: «Que es á Jesucristo á quien se habla, y no «al Sacramento, pues que este no entra en «nuestra alma.» (La Roq. Hist. Eucarist. pag. 339). ¿Quién le ha dicho que es al Sacramento á quien se habla, ó al Sacramento á quien se suplica? Se le ha dicho, y lo repetimos, que es á Jesucristo, pero á Jesucristo como presente en el Sacramento; pues para recibirlo dice el fiel al sacerdote: «Dadme el precioso y santo cuerpo «de Jesucristo.» Responde el sacerdote: «Yo os doy el cuerpo precioso, santo é in- «maculado de Jesucristo.» Sobre cuyas palabras dirigiéndose el fiel, no ya al sacerdote, sino á Jesucristo que se le da: «Yo «creo, dice, que Vos sois Jesucristo.» Después no habla mas que de los lugares y personas que Jesucristo ha honrado con su pre-

sencia y por su contacto corporal. Todo lo que él teme es de tocarlo y besarlo como un Judas, que no lo tocó menos, aunque el beso que le dió fue un beso de traidor. Para evitar esta desgracia suplica se digne entrar tanto en su alma como en su cuerpo, porque siendo Dios y hombre, entra en su alma como á Dios, y en su cuerpo como hombre; á fin de que estando con él unido cuerpo á cuerpo y espíritu con espíritu, consuma esta union celestial, que tantas veces nos ha sido anunciada por las Escrituras, y que no sea mas que un mismo cuerpo y un mismo espíritu con él. En vista de todo esto, ¿puede creerse se hable de este modo á un ausente, que tiene su cuerpo reducido en el cielo, y que no lo comunica sino solo por el pensamiento, ó á lo mas por su virtud?

Tampoco es menos fuerte lo que sigue: «Ó Dios, salvadme, á fin de que reciba sin «condenacion el cuerpo precioso y sin mancha de Jesucristo vuestro Hijo para remedio de mi alma y de mi cuerpo.» De donde se ve que lo único que teme el pecador es de profanarlo y de recibirlo para su perdicion; pues sabe perfectamente que siempre está allí, aun para los mas indignos, porque nuestra infidelidad no disminuye ni su palabra ni sus dones.

En todas las liturgias orientales, siria-

cas, arábigas, egipcíacas ó coptas (nombre de los cristianos originales de Egipto) se encuentran iguales ó parecidas oraciones dirigidas á Jesucristo; lo que no puede negarse sin una extrema imprudencia, despues de tantos manuscritos tan antiguos y auténticos.

Pero aunque no tuviésemos todas estas oraciones, desde que se ha dicho que la Eucaristía es en efecto el Cuerpo y la Sangre, ¿no hay en ella un acto de fe afecto á Jesucristo presente? ¿un acto de esperanza, poniendo en esta presencia el fundamento y la seguridad de la futura felicidad? ¿un acto de caridad, deseando unirse cuerpo á cuerpo, y espíritu á espíritu con el mismo Salvador? Muy grosero es quien no entiende que en esto consiste la verdadera adoracion en espíritu y en verdad, y que esta adoracion es inseparable de la fe de la presencia real.

Los ministros piden con curiosidad en qué tiempo se comenzó la elevacion solemne que se hace ahora para adorar á Jesucristo acto continuo despues de la Consagracion. Pero ¿qué importa en el fondo que hayan ó no elevado, si con todo se decia, marcando el cuerpo de Jesucristo por un signo de cruz: «Aquí teneis el Cordero de Dios, «el Hijo del Padre (Lit. Jac. 20),» y al echar una partícula de este sagrado Cuerpo en

el cáliz: «aquí está la santa partícula de «Jesucristo llena de la gracia y de la verdad «del Padre y del Espíritu Santo:» y dividiendo lo restante del pan consagrado para distribuirlo al pueblo: «Gustad, y mirad «cuán dulce es el Señor, quien, separado «como por miembros, no está dividido, y «quien dado á todos no está consumido?» ¿Podrá acaso manifestarse de una manera mas eficaz y mas brillante?

Inquietarse ahora por qué se ha hecho la elevacion, si fue para marcar la exaltacion del cuerpo de Nuestro Señor en la cruz, como dicen unos; ó en signo de oblacion, segun quieren otros; ó para excitar al pueblo á la adoracion, como se hace actualmente en la elevacion luego que se ha consagrado; y si esta elevacion y genuflexiones que se hacen ahora han sido siempre practicadas, ó despues cuando se ha recibido la Eucaristía de rodillas, esto es atormentarse en vano. Basta que tanto el Oriente como el Occidente y toda la Iglesia universal hayan constantemente adorado á Jesucristo como presente en la Eucaristía, y en cualesquiera parte de la Misa. Para mí, yo creeré fácilmente que, durante la accion del sacrificio, la adoracion exterior que se rendia á Jesucristo se confundia con aquella que se rendia á Dios por el mismo Je-

sucristo; de modo que no se ponian de rodillas delante de Jesucristo, por haberlo hecho delante del Padre eterno durante la accion del sacrificio. Sin embargo, cuando era menester hacer alguna accion particular referente al cuerpo de Jesucristo, como cuando era llevado desde donde estaba reservado al altar en el sacrificio de los santificados, ó cuando se acercaban para recibirlo, entonces la adoracion era tan marcada, que no habia en ella nada que dudar del sentimiento de la Iglesia para esta adorable Víctima. Todo lo restante que podria haberse añadido, segun la perpétua costumbre de la Iglesia para celebrar mas la verdad de la presencia, cuando ella ha sido contestada, no es mas que el efecto ordinario de la vigilancia de los pastores, quienes, cuando algun dogma ha sido impugnado ú oscurecido, jamás han faltado de inculcar por alguna cosa de sí marcada y fuerte, que fuese capaz para confundir á los mas rebeldes y despertar á los mas adorados.

En todo esto no se inventa nada. Tampoco se adora de nuevo, porque siempre se ha adorado, como acaba de verse; sino que se rinde la adoracion, ó mas sensible ó mas frecuente; y si despues de todo esto se pregunta de dónde se ha aprendido esta ado-

racion, que lo pregunten á la antigua Iglesia, dónde la ven tan constante y sin interrupcion.

Contradiccion de los Protestantes.

Antes de concluir este capítulo fijemos aquí la atencion para observar una contradiccion manifiesta entre estos nuevos doctores: por un lado no pueden negar que estas oraciones de nuestras liturgias no sean muy antiguas; y por temor de dejarnos la ventaja de encontrar en ellas nuestra doctrina, tratan de persuadir á todo el mundo que dichas oraciones están contra nosotros; por otra parte sienten ellos tan bien en su conciencia que en efecto están contra ellos mismos, que no se han atrevido á conservarlas, temiendo que por las mismas no vuelvan todos sus secuaces á la unidad católica.

Falsamente propalan que la presencia real es una invencion que comenzó desde *Radbart*, autor del noveno siglo. Á los que puede decirseles que es preciso tener una cabeza de metal para negar que estas oraciones no sean mas antiguas. Por cuanto los autores de mas nombradía por haber trabajado en los Sacramentarios que hemos producido, son un san Leon, un san Gelasio, un san Gregorio, un san Hilario, un san Isidoro de Sevilla, etc., etc. Autores

todos, que el mas moderno es de muchos siglos antes que *Radbert*; y el trabajo que ellos han hecho jamás tuvo por objeto innovar la mas minima cosa en la doctrina, ni nunca han sido tenidos por sospechosos. Ellos ordenaron el oficio, arreglaron y fijaron las lecciones y antifonarios; los mismos han compuesto algunas *Collectas*, algunas Secretas, algunos *Post communio*, algunas bendiciones, algunos Prefacios... y esto sin decir nada en el fondo que fuese nuevo; pues no habrian sido mas escuchados que los demás novadores. Todo lo que ellos compusieron fue hecho sobre el modelo de lo que habian hecho sus predecesores; tanto, que el estilo mismo resiente á antigüedad, y las cosas aun la resienten mas: de este modo todo fue recibido con un igual aplauso, y las nuevas oraciones hicieron cuerpo, por decirlo así, con las antiguas, como estando todas de un mismo espíritu y de un mismo gusto. Por lo que respecta al *Cánon*, se ha juzgado todas las palabras de un tan grande peso, que la tradicion ha conservado los autores de las menores adiciones que en él se han hecho; se sabe, por ejemplo, que fue san Gregorio quien añadió estas palabras: *Diesque nostros in tua pace disponas*. Se sabe aun, para no omitir las otras partes de la Misa, quién fue el primero que mandó decir el *Kyrie*, quién el *Pater nos-*

ter, quién el *Agnus Dei*, etc. Los Protestantes han sido cuidadosos en marcar todas estas fechas, pensando concluir de aquí que la Misa era una amalgama de novedades y de instituciones humanas; pero su odio les ha cegado, porque despues que se ha observado con tanto cuidado los cambios los mas indiferentes, ¿cuánto mas no habrian notado los otros? Esto es lo que no vemos: nadie nombra quién ha añadido lo que se dice para la Oblacion, ni para la Consagracion, ni para cambiar en ella el pan en cuerpo, y el vino en la sangre de Jesucristo: luego, segun ellos, no se conoce el autor de estas cosas; luego estas son mas antiguas que todos los cambios que ellos saben, aunque sean de los primeros siglos, como se ha visto; luego no son adiciones, sino al contrario, ellas son el cuerpo sobre el que se añadió lo demás, y para decirlo de una vez, son ellas tan antiguas como la Iglesia. Esto mismo aun se demuestra por el consentimiento de todos los ritos, pues que estas cosas se encuentran en el rito griego igualmente que en el romano, como en el ambrosiano, galicano, gótico ó español; en una palabra, en todos los ritos, no solo de las Iglesias católicas, sino aun en las de los cismáticos; y no solo en las de los griegos, separados de nosotros despues de algunos siglos, sino tambien en

las de los eutiquianos y nestorianos, separados de nosotros y de los griegos hace ya mil doscientos años: lo que manifiesta que todo esto no puede venir sino de su principio.

Podríase aun alegar el testimonio de los Padres aunque no hubiese mas que san Cirilo y san Juan Crisóstomo, sin hablar de los demás, en los que se encuentran todas las partes de la Misa, y palabra por palabra de todo cuanto se ha producido; pero es necesario convencer á los hombres por alguna cosa aun mas palpable, ahorrándoles la pena de discurrir y examinar. Por tanto á todos cuantos alegaren á *Radbert* y la fecha de la presencia real en el siglo IX se les puede decir para confundirles, no por los Padres, ni por historias, ni menos por discusion alguna; sino que se les manifestará siempre que quisieren en muchas bibliotecas, volúmenes que todo hombre docto reconocerá su antigüedad de novecientos, mil y mas años, en los que se lee el *Cánon*, y á mas las Secretas que acabamos de producir. Añadiendo que dichos volúmenes son copiados para el uso de la Iglesia sobre otros volúmenes mas antiguos; y que aquellos contra quienes nos servimos de este *Cánon* y oraciones, sean herejes ú otros del tiempo de *Radbert* ó *Berengario*, ellos mismos han reconocido su

antigüedad, y jamás han pensado ni imaginado que dichas oraciones fuesen nuevas, concluyendo, sin dudar, que estas piezas son de mejor tiempo. Este es el motivo que, obligados los Protestantes á explicarlas, lo hacen tan mal, que no se atreven á servirse de ellas: reconocen su autoridad, por ser ellas tan antiguas; sin embargo las rechazan, por serles tan contrarias.

CAPÍTULO XIX.

DE LA CUARTA ORACION DEL CÁNON.

En el fin de la tercera oracion dice el sacerdote estas palabras: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*, indicando debemos siempre tener presente el misterio de nuestra Redencion, como en su lugar expusimos. Sigue, pues, muy á propósito esta cuarta oracion que empieza: *Unde et memores...* en la que el sacerdote, tambien en nombre del pueblo, como en la oracion *Suscipe Sancta Trinitas...*, nombra la Pasion, Resurreccion y Ascension, ofrece á Dios, eterno Padre, el cuerpo y sangre de su Hijo, esto es, una hostia pura, santa é inmaculada, de sus dones ya recibidos, por la transustanciacion del pan y vino en el Cuerpo y Sangre en los términos siguientes: